

cual hacian quemar cada parte de su cuerpo, una despues de otra; y para prolongar este insufrible tormento, le retiraban del fuego algunos intervalos de tiempo, para continuar despues la misma tortura. Toda esta crueldad refinada fué inútil; y el mártir habiendo triunfado del dolor y del tirano, espiró sobre este horroroso lecho, sin haber dado ni la menor señal de flaqueza. ¡Qué fortaleza! ¡Qué constancia! No, el hombre por sí mismo no es capaz de tal firmeza, y es preciso que una virtud mas que humana, lo haga insensible en medio del fuego en que es paulatinamente abrasado.

MARTIRIO DE S. QUINTIN.

MACSIMIANO habia establecido á Riccio Varo su prefecto, en las Gálias. Éste tan cruel como su príncipe, corria de una á otra ciudad, llevando por todas partes el espanto y el horror: inundando con la sangre de los cristianos todos los lugares por donde pasaba. Llegó á Miens donde San Quintín, hijo de un senador romano, anunciaba con celo y con feliz suceso, la sagrada doctrina del Evangelio. Hizo prender al santo; y habiéndole hecho presentar á su tribunal, le preguntó su nombre. Soy cristiano, este es mi nombre, respondió el santo: si deseas conocer mas, sabe, que mis padres me llaman Quintín. Quiénes son tus padres, preguntó el prefecto; soy ciudadano romano é hijo del senador Zenon.

El prefecto añadió, ¿cómo siendo de tan noble familia, te has dejado infatuar de esas locas supersticiones? Quintín respondió: la mas brillante nobleza, es conocer á Dios y obedecer con fidelidad sus mandamientos: no des á la religion cristiana el nombre de supersticion, que de ninguna suerte puede convenirle; pues ella conduce á la verdadera felicidad, que consiste en el conocimiento del verdadero Dios y su hijo Jesucristo, por quien todas las cosas fueron hechas, y en todo es igual á su Padre. Si tú ahora mismo, añadió el prefecto, no ofreces sacrificios á los dioses, yo te juro por todos ellos, que te haré morir en los mas crueles tormentos. Por lo que á mí toca, dijo Quintín, yo te prometo por el Señor mi Dios, que jamas haré lo que me mandas; pues no temo ni á tus amenazas, ni á tus dioses. El tirano le hizo azotar primero cruelmente, y ordenó despues que se encerrase en una oscura prision. Allí lo visitó un ángel, y le mandó que fuese á instruir al pueblo. Salió sin obstáculo alguno del calabozo, y corrió á predicar á la plaza principal. Así un milagro tan manifiesto, como sus sufrimientos por Jesucristo, dieron tal fuerza á sus palabras, que convirtió entonces casi seiscientas personas. Los mismos guardias convencidos de su libertad milagrosa, creyeron en Jesucristo. S. Quintín compareció segunda vez ante el prefecto, el cual trató de ganarlo con lisongeras promesas: como ellas eran tan inútiles como las amenazas, recurrió el tirano á nuevos tormentos para vencer la constancia del santo mártir. Le hizo atar y atirantar su cuerpo, por medio de unas poleas, de un modo tan violento, que todos sus miembros se dislocaron:

en seguida mandó que lo azotasen con cadenas de fierro: virtieron sobre sus llagas aceite hirviendo con pez derretida; y le aplicaron á ellas planchas de metal ardientes. Parece que la crueldad mas ingeniosa de los hombres solo se ejecutaba contra los mártires de Jesucristo. Enfurecido Varo, de que sin embargo de estos tormentos Quintín bendecia sin cesar al Señor, le hizo llenar la boca de cal y de vinagre: despues mandó cargarlo de cadenas, para que de este modo se condujese hasta la capital de Vernandéz, á donde él debía ir. La Providencia habia dispuesto que el santo mártir fuese patrono de esta ciudad, la cual posteriormente ha tomado su nombre. Habiendo llegado Varo, hizo el último pero inútil esfuerzo para rendirle. Viendo que el santo parecia que sacaba nuevas fuerzas de los tormentos, se dejó arrebatar de su rabiosa cólera: mandó pasar al santo transversalmente con dos barras de hierro, desde el cuello hasta los muslos: le clavaron espinas entre las uñas y la carne de los dedos. Como despues de este último suplicio, el santo vivia aun, le condenó el juez á ser degollado. Cuando Quintín era conducido al lugar del suplicio, obtuvo de los verdugos un poco de tiempo para orar: luego que concluyó su oracion, volvió ácia ellos y les dijo: ya estoy dispuesto, haced lo que se os manda. Le cortaron la cabeza, y la arrojaron con su cuerpo en el río Soma. Mas Dios no permitió que las reliquias de tan ilustre mártir, quedasen sin honor. Una santa cristiana, llamada Eusebia, encontró el cuerpo, y le enterró en una colina inmediata. La relacion de su martirio fué escrita por un autor testigo ocular de él.



MARTIRIO DE LA LEGION TEBANA.

EL emperador Macsimiano pasó á las Gálias con el fin de reprimir una faccion que se habia formado allí. Juzgó necesario reformar su ejército, é hizo venir de Oriente la legion Tebana. Esta se componia de cristianos; y la fé inspiraba un nuevo valor á estos valerosos soldados. Mauricio la mandaba; y los principales oficiales despues de él, eran Exuperio y Cándido. Se unió la legion en el canton de los Alpes al cuerpo del ejército, é hizo alto por algun tiempo en Octodura, llamado el dia de hoy Valés. Macsimiano que deseaba mas bien esterminar á los cristianos que á los enemigos del estado, dió orden que la legion Tebana combatiere á los primeros; ó ya sea segun se refiere en otras actas, quiso obligarla á que concurriese á los solemnes sacrificios que hacia á sus dioses al entrar á las Gálias. Estos valerosos soldados respondieron que ellos venian únicamente á combatir á los enemigos del estado; y no á teñir sus manos con la sangre de sus hermanos, ni á contaminarlas con un culto impío. Macsimiano se irritó de tal manera con esta respuesta, que al punto hizo diezmar la legion. Aquellos á quienes tocó la suerte, se dejaron degollar, sin la menor resistencia. Este destrozo no aterró á sus compañeros; antes sí, los animó mas al martirio, y esclamaron con un nuevo valor, que ellos detestaban el culto de los ídolos. Cuando

Macimiano vió esta resolución, mandó que fuese diezmada la legion por segunda vez, y así se ejecutó. Instando despues á los demas á que obedeciesen al tirano, hicieron la siguiente representacion: "Nosotros, señor, somos vuestros soldados; pero igualmente servimos á Dios, y si debemos servir en la guerra, á Dios debemos servir con la inocencia de nuestras costumbres: de vos hemos recibido la paz; mas Dios nos ha conservado la vida: nosotros no podemos obedeceros, renunciando á Dios Nuestro Criador y Señor, que igualmente es vuestro: estamos dispuestos á ejecutar vuestras órdenes, en todo cuanto no sea ofensa de su Magestad; mas si es preciso escoger, entre obedecer á Dios ó al hombre, nosotros siempre preferimos obedecer á Dios: ponednos al frente del enemigo: nuestras armas están dispuestas para combatir á los rebeldes y á los impíos; mas no deben derramar la sangre de los ciudadanos y de los inocentes: hemos hecho primero á Dios que á tí, el juramento de obedecerle. Ah! y ¿cómo podriais estar seguro de nuestra fidelidad, si faltásemos á la que á Dios hemos jurado? Si pretendéis hacer morir á los cristianos, vednos aquí: nosotros confesamos á un Dios, Criador de todas las cosas, y á Jesucristo su hijo: estamos dispuestos á recibir la muerte como nuestros compañeros, cuya suerte envidiamos. No temais una rebelion de nuestra parte: los cristianos saben morir, pero no rebelarse: tenemos armas; mas no nos servimos de ellas: queremos mas bien morir inocentes, que morir culpados." Una representacion tan generosa y comedida, no hizo mas que encender el furor del tirano, y desesperando de vencer su heróica cons-

tancia, tomó la resolución de pasar á cuchillo á toda la legion. Hizo que todo el ejército la cercase, y dió orden de pasarla á filo de espada. Estos valerosos guerreros rindieron las armas, se despojaron de sus corazas, y presentaron el cuello á sus perseguidores. No se oyeron ni los llantos ni los gemidos, ni hablaban unos á otros, sino para animarse recíprocamente á morir por Jesucristo. El campo quedó al momento regado de sus cadáveres y teñido en su sangre. Eran, segun se cree, mas de seis mil. ¡Qué espectáculo! ¡ver toda una legion de soldados armados con tan sublimes y santas disposiciones. Una religion capaz de formar hombres tan perfectos ¿no llevará por ventura una señal visible de la divinidad? El espíritu de Dios únicamente puede inspirar tal heroísmo, y tan profunda sabiduría, que sabe unir todos sus deberes: ser fiel á Dios y no hacer resistencia á su príncipe, aunque sea injusto y cruel.

MARTIRIO DE SAN VICTOR DE MARSELLA.

Poco tiempo despues del martirio de la legion tebana, dió igualmente San Victor de Marsella el mas glorioso testimonio de Jesucristo. Era militar distinguido por su nobleza, por su valor, y mas particularmente por la nobleza de su fé. El emperador Macimiano habia emprendido su marcha para volver á Marsella; y la persecucion se habia encendi-

do con mayor ardor á solo el rumor de su llegada. Victor se aplicaba entonces en alentar á los fieles: visitaba particularmente á aquellos que eran de su profesion: los eshortaba á mostrarse en esta ocasion como verdadero soldado de Jesucristo, y á despreciar una vida pasagera con la esperanza de la eterna. Lo sorprendieron, cuando ejercitaba su celo, y fué conducido al tribunal de los prefectos. Como se trataba á cerca de la causa de un hombre distinguido, se creyó conveniente volver á mandar al emperador el conocimiento de ella. Cuando llegó Macsimiano, hizo que Victor compareciese á su tribunal. Empleó tanto las promesas como las amenazas, para obligarle á que sacrificase á los dioses; pero el santo mártir confundió al tirano y á sus oficiales demostrando la vanidad de los ídolos, y la divinidad de Jesucristo. Entonces Macsimiano juzgando que para un guerrero seria mas sensible la ignominia que el dolor; le condenó á ser arrastrado por las calles, atado de piés y manos. Despues de este primer tormento, el santo mártir se presentó todo ensangrentado, al tribunal de los prefectos. Estos creyendo que su ánimo se hallaba abatido por los sufrimientos anteriores, le precisaban á que sacrificase á los dioses del imperio. Pero él les respondió con firmeza, que jamas habia hecho cosa alguna contra el servicio del emperador y del estado; y que no podia adorar á los dioses del paganismo, sin tributar en esto honor á sus infamias. Entonces le ataron á un caballete, donde por largo tiempo le atormentaron: todo el tiempo que duró este suplicio, tenia el santo los ojos fijos en el cielo, pidiendo á Dios la paciencia. Se le apareció

Jesucristo con la cruz, y le dijo: "La paz sea contigo: yo soy Jesus el que padezco con mis santos: ten valor, yo te sostengo en el combate, y te recompensaré despues de la victoria." Estas palabras consoladoras fortalecieron á Victor, y le hicieron insensible al dolor. Como nada ganaban con atormentarle, le volvieron á mandar á la prision. Dios le visitó allí, y durante la noche, su calabozo se iluminó con una luz celestial. Tres soldados que le custodiaban, viendo esta luz, se arrojaron á los piés del santo y le pidieron el bautismo. Informado Macsimiano de este hecho, mandó quitar la vida á los soldados, si ellos no abjuraban su fé. Todos tres la confesaron con valor, y al punto fueron degollados. El emperador mandó que le presentasen á Victor, y despues de haberle hecho sufrir nuevos tormentos, hizo que se levantase un altar, y lo eshortó á que ofreciese incienso á los dioses, prometiéndole recompensar su obediencia. Victor, acercándose como para ofrecer el sacrificio, echó abajo el altar con el pié; y ordenó que el santo fuese comprimido y despedazado, bajo la piedra de un molino. Pero el santo respiraba aun despues de haberse roto la máquina. Para acabar de quitarle la vida, se le cortó la cabeza, y al momento se oyó una voz del cielo que dijo: "Tú has vencido Victor, tú has vencido." Macsimiano mandó arrojar al mar los cuerpos de los mártires; pero se acercaron á la orilla, y fueron enterrados por los cristianos, en una gruta, donde Dios ha obrado muchos milagros.

el m

(AÑO 304 DE JESUCRISTO.)

MARTIRIO DE SAN VICENTE DE ZARAGOZA.

EA España en la misma persecucion, dió igualmente testimonios esclarecidos de su fé, y muchos de sus hijos recibieron el martirio. El mas ilustre fué San Vicente diácono de Zaragoza. Daciano que era entonces gobernador, y uno de los mas crueles enemigos del cristianismo, le hizo prender y arrojar en una oscura prision: le dejó allí algun tiempo sin permitir se le ministrase alimento, con el designio de rendir su valor, debilitando su cuerpo con la hambre. Despues haciéndole comparecer á su presencia, le hizo las mas grandes promesas, y le amenazó con los mas crueles suplicios, para obligarle á adorar á los ídolos. Mas el santo diácono permaneció inflexible: declaró que era cristiano, y que estaba pronto á padecer por el verdadero Dios. Daciano entonces le hizo atormentar: lo ataron al potro, y le estendieron con tanta violencia, que se dislocaron sus huesos, y sus miembros se separaron con violencia. En este estado le desgarraron los costados con uñas de hierro, de suerte que se le veian las entrañas. En medio de estos crueles tormentos, el santo mártir estaba lleno de gozo: su inalterable paciencia, y la serenidad de su semblante, llenaron al juez de furor. Como este hizo cas-

tigar á los verdugos mismos, para que ellos con mas violencia le atormentasen, se començó á herir nuevamente al santo mártir con mayor esfuerzo que la vez primera. Los verdugos estaban sin aliento, los brazos se les caían por el cansancio: el juez mismo viendo correr la sangre por todas partes, y el lastimoso estado del santo mártir, sin que nada fuese bastante para abatir su fortaleza; no podia volver en sí de su sorpresa, y començó á confesarse vencido. Mandó cesar los tormentos para usar de los medios de la dulzura: ten piedad de tí, decia al santo diácono: sacrifica á los dioses, ó por lo menos entrégame las escrituras de los cristianos. Vicente respondió, que menos temor le causaban los tormentos, que una falsa compasion. Daciano, mas enfurecido que nunca, hizo tender al mártir sobre un lecho de hierro, cuyas barras, cubiertas de agudas puntas, estaban colocadas sobre un brasero encendido: al mismo tiempo aplicaban láminas hechas ascua, á aquellas partes del cuerpo que no tocaban al doloroso lecho: echaban sal sobre sus llagas, cuyas puntas escitadas con la actividad del fuego, se le introducian con fuerza en la carne. Todo el tiempo que Vicente permaneció en este suplicio, estuvo inmóvil con los ojos elevados al cielo. Daciano turbado, no sabia ya que partido tomar: le mandó nuevamente á la prision con órden de que le tendiesen sobre pedazos de vasijas, puestos los piés en unas trabas, que le tenian las piernas fuertemente separadas. Mas no abandonó Dios á su siervo: los ángeles bajando del cielo vinieron á consolarlo, y el santo mártir cantaba con ellos alabanzas á Dios. Oyendo el carcelero estos cánticos, se convirtió al

punto. Daciano se llenó de rabia con esta noticia. Para quitar al santo mártir la gloria de morir en los tormentos, mandó que se le acostase sobre una cama blanda. Entonces este generoso atleta, á quien las uñas de hierro y los braseros encendidos no habian fatigado, no pudiendo sufrir un descanso que retardaba su felicidad, pidió al Señor le concediese la corona que le habia prometido, y entregó dulcemente su espíritu. Jamas se vió tan manifesto triunfo de Jesucristo sobre el demonio: toda clase de suplicios se apuró en este glorioso mártir; mas Dios infundió á su siervo un valor superior á los tormentos, y obligó á sus enemigos á confesarse vencidos. No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay fortaleza contra el Señor.

REFLESIONES SOBRE LAS PERSECUCIONES.

PARA manifestar Dios que la Iglesia es obra suya, ha querido que se estableciese á pesar de la oposicion de los hombres, y que se fundase por el martirio: su poder la ha conservado en este estado durante trescientos años, sin que tuviese un momento de reposo. El Señor habia predicho á sus discipulos que serian perseguidos, llevados ante los reyes y magistrados, maltratados y condenados á muerte por su nombre: les habia prometido hacer inútiles todos los esfuerzos de sus enemigos: "No temais á aquellos, les dice, cuyo poder únicamente se limita

á quitar la vida del cuerpo: ni un cabello solo de vuestra cabeza puede caer sin que vuestro Padre celestial lo permita: por la paciencia poseereis en paz vuestras almas: á mí me toca sosteneros, yo os daré el valor y la fortaleza para vencer á vuestros enemigos: yo he vencido al mundo, y haré que vosotros triunfeis igualmente de él." En efecto, desde que el cristianismo apareció en el mundo, se levantaron contra él todas las potestades de la tierra: los sentidos, las pasiones, todos los intereses combatian en defensa de la idolatría: ella estaba acostumbrada á los placeres: los juegos, los espectáculos y la licencia formaban una parte del culto que tributaban á sus falsas deidades: las fiestas del paganismo no eran otra cosa que divertimientos, ni habia algunas circunstancias de la vida en que el pudor fuese menos respetado que en estas ceremonias y misterios.

La religion cristiana casta, severa, enemiga de los sentidos, y adicta únicamente á los bienes invisibles, no podia agradar á espíritus tan corrompidos. Los cristianos que jamas tomaban parte alguna en las fiestas de los paganos, debian ser aborrecidos y detestados.

A estos motivos se añadia igualmente, el interés del estado: la política romana se creia atacada en sus fundamentos cuando menospreciaban sus dioses. Roma se vanagloriaba de ser una ciudad santa por su fundación, consagrada desde su origen por el auspicio de sus deidades, y dedicada por su fundador al dios de la guerra. Se creia deudora á su religion en sus victorias: creía haber sojuzgado por ella á las naciones: no reconocer á sus dios

ses era derrocar los fundamentos del imperio, y ver con odio y desprecio las victorias y el poder del pueblo romano. Así los cristianos enemigos de sus dioses, eran al mismo tiempo considerados como los enemigos de la república: deseaban mas vivamente los emperadores esterminarlos, que abatir á los Partos, á los Sarmientos y á los Dacios. Así despues del imperio de Neron, los cristianos fueron siempre perseguidos tanto, bajo los buenos, como los malos emperadores. El origen de estas persecuciones cuan pronto dependia de la órden del emperador, ó del odio particular de los magistrados; ya provenia de los decretos del senado ó de la sublevacion de los pueblos, que suscitaba contra los cristianos la calumnia. Causas particulares tal vez mitigaban la persecucion por poco tiempo; pero bien pronto, prevalecia el odio público: se encendia el furor de los paganos, y todo el imperio era regado con la sangre de los cristianos. Sobre todo, cuando la pública autoridad daba órden de perseguirlos, la persecucion venia á ser mas violenta y general por la frecuencia con que se renovaba. Los historiadores eclesiásticos asignan diez persecuciones, bajo diez emperadores diferentes. Fué muy considerable el número de los mártires, y asciende á muchos millones.

Los emperadores idólatras se lisongeaban de aniquilar por esta carnicería, á una religion que miraban con tanto ódio; pero esta misma religion tomaba nuevos incrementos con el fuego y la espada de sus perseguidores: en vano empleaban contra ella los suplicios mas horrorosos: uñas de hierro, ruedas armadas con cuchillos afilados, parrillas encendi-

das, hogueras, dientes de fieras, y todo género de tormentos fueron puestos en uso; pero no servian mas que para multiplicar á aquellos mismos á quienes querian destruir: quanto mas violenta era la persecucion, mas se aumentaba el número de los cristianos. La sangre de los mártires era una semilla fecunda que reproducia un ciento por uno de los cristianos. Ellos no ponian mas que la paciencia al furor de los cristianos, y esta paciencia, segun la promesa de su Divino Maestro, les hacia triunfar de toda la rãbia de sus perseguidores: jamás hicieron ni la menor resistencia de su parte; y despues de sufrir por tantos siglos una persecucion tan cruel, la Iglesia ha subsistido siempre; y tan obediente y sumisa se vió bajo el imperio de Dioclesiano cuando habia llenado toda la tierra, como bajo el imperio de Neron, cuando no comenzaba mas que á nacer. Sufrir todo por la verdad, era el ordinario ejercicio entre los cristianos: ellos corrian á los suplicios con mas ardor y júbilo, que los paganos á sus fiestas licenciosas. Ancianos, enfermos, vírgenes delicadas, despreciaban los tormentos, subian con gusto á los cadalzos y á las hogueras. Se han visto niños que balvucientes aun por su pequeñez, confesaban intrépidamente á Jesucristo, y sufrían sin llorar los mas crueles tormentos. Los verdugos dejaban caer de su mano la espada, y convertidos en un momento, presentaban del mismo modo la cabeza, y lograban, como los demas, recibir tambien el martirio. Los tiranos vencidos, se veian obligados á contener la persecucion, por no despoñar al imperio. En esto se veia verdaderamente el dedo de Dios: los paganos mismos asombrados

de la constancia y de los milagros de los mártires, reconocian en ellos una fuerza divina. Muchas veces se oían, en medio de una asamblea numerosa, estas exclamaciones del pueblo: ¡Qué grande es el Dios de los cristianos! ¡Es grande el Dios de los cristianos! Ciertamente no se puede considerar la fuerza, la estension y la crueldad de este destroz sangriento, con que procuraban azotar á la Iglesia naciente, sin reconocer en la firmeza de sus héroes una virtud sobre natural, y tan invencible como aquel Dios que les inspiraba tanto valor. Si ha habido tal cual ejemplo de hombres obstinados que hayan sacrificado su vida en defensa del error, á mas de ser muy pequeño su número, tera únicamente por sostener opiniones en que puede el entendimiento engañarse; no así los primeros mártires del cristianismo, que murieron por testificar hechos, que habian visto, que habian tocado, y de los que estaban bastantemente seguros por el testimonio constante de todos sus sentidos. Se puede adherir con pasion á una opinion; pero jamas se han encaprichado hasta este punto los hombres por defender hechos dudosos ó falsos; ni se dejan fácilmente degollar por asegurar que han visto, lo que realmente no ha pasado por sus ojos. Los mártires en los siglos siguientes han dado igualmente testimonio á la verdad de una religion que ellos mismos han visto establecida sobre estos hechos incontestables. Concluyamos, tantos esfuerzos inútiles de todo el poder romano, conjurado contra los cristianos con el fin de esterminarlos, es decir, contra unos hombres que no sabian mas que sufrir y morir por su religion; demuestran que esta religion es

obra de Dios, y que los hombres no han establecido lo que ellos mismos no pueden destruir. La Iglesia católica subsiste no solamente sin el apoyo de los poderosos de la tierra, sino aún oponiéndose ellos mismos. La Iglesia, pues, subsiste como ha sido establecida con su gerarquía, derechos y poder espiritual: esto es, con la constitucion que ha recibido de Jesucristo. Una constancia ó constitucion que se ha mantenido tan largo tiempo por su propia fuerza, y en medio de ataques violentos y multiplicados, no puede venir mas que de Dios, y no depende del poder de los hombres destruirla ó mudarla.

(AÑO 305 DE JESUCRISTO.)

CONSTANCIO CLORO FAVORECE A LOS CRISTIANOS.

EN la fuerte persecucion, la mas violenta y general que entonces sufrió la Iglesia, Dios que señala límites al mar en su mas fuerte agitacion, los puso asimismo al poder de dos tiranos. Dioclesiano y Macsimiano se vieron precisados á dejar la púrpura imperial, y ceder el imperio á Constancio Cloro y á Galerio, que ocupaban ya mucho tiempo antes el segundo lugar, con título de Césares. Este último, bárbaro por su origen, y nacido de padres pobres, que tenia unas inclinaciones mas bajas que su